



# **JACLR**

*Journal of Artistic  
Creation & Literary  
Research*

**JACLR: Revista de Creación Artística e Investigación Literaria (Journal of Artistic Creation and Literary Research)** es una publicación bianual de la Universidad Complutense Madrid que aparece en texto completo, acceso abierto, y revisada por pares. La revista, publicada y editada por estudiantes graduados, ofrece trabajos de investigación, tesis de grado y de máster, junto con contribuciones originales de creación artística. El objetivo es que los estudiantes aprendan el proceso de edición de una revista científica. Los autores cuyos trabajos se publican mantienen los derechos de autor sobre los mismos para su publicación posterior en otros lugares.

---

## **Volumen 6 Número 2 (diciembre 2018)**

Persépolis.

### ***No tengas miedo a la oscuridad.***

---

Persépolis: *No tengas miedo a la oscuridad*. JACLR: Journal of Artistic Creation and Literary Research 6.2 (2018)

**<<https://www.ucm.es/siim/journal-of-artistic-creation-and-literary-research>>**

©Universidad Complutense de Madrid, Spain

### **No tengas miedo a la oscuridad**

Oscuridad. Eso es lo que veo. Abro los ojos y la oscuridad sigue ahí. Cuando pierdes la vista, ganas algo que crees superado desde la infancia: el miedo a la oscuridad. Pero siempre ha estado ahí, escondido entre sus propias tinieblas.

Noto la venda en mis ojos, suave y con algunos hilillos sueltos. La voz de Javier Gondomar suena de fondo. Lleva rato hablándome, pero no escucho. Mientras tanto, Aylin, mi prometida, se encarga de cuidar mis ojos. Por enésima vez hoy, al escuchar mis quejas sobre mi ceguera temporal, me ha vuelto a recordar las recomendaciones del médico: no quitarme las vendas bajo ningún concepto o mi ceguera podría prolongarse y hacerse permanente, cambiarlas después de levantarme y antes de acostarme y, lo peor de todo, ser paciente. Digamos que la paciencia no es mi fuerte, y el aburrimiento, mi gran debilidad. No estar investigando un caso, leyendo, escribiendo o incluso dibujando es un suplicio. Los límites que me ponen mis ojos, esos ojos que me han dado la solución de tantos casos, se me hacen insufribles. Maldigo el momento en el que se me ocurrió acercarme a aquel coche en mi último caso. La bomba explotó y... da igual que se esté lejos de la explosión. Algún residuo puede entrar en los ojos sin esperártelo.

—Alguien quiere matarme —despierto al oír esto. Gondomar había aparecido esta mañana en mi casa con un problema y aún no había dicho cual. Parece que entramos en materia. Me paso la mano por el bigote y bajo hasta la barbilla, sintiendo la textura de cada cabello que la recubre, una aspereza suave. No sé si debería seguir con esto. Algo me dice que en mis condiciones poco podré hacer, pero la intriga y la llamada del misterio me puede y decido seguir escuchando.

—¿Sabe por qué? —me intereso—. Aylin, ¿podrías hacer más café?

—Claro —resopla. Deja mis vendas y oigo cómo se marcha.

—No lo sé... pero mire, le he traído... —resoplo con resignación. Gondomar se corta al darse cuenta del problema. Escucho un papel moviéndose junto con ropa.

—Puede leerme la carta, si eso es lo que es, si quiere.

Gondomar vuelve a carraspear y comienza a leerla en voz alta.

—“Un, dos, tres... tres veces llamaré. Un, dos... en dos pasos me acercaré. Uno...” —se frena, traga saliva— y a continuación hay una mancha de sangre en el papel. Es estirada, como si fuera un tajo. La carta sigue así: “Búscame y no me encontrarás. Soy invisible a los ojos de cualquier ser humano y aunque intentes escapar de mí no lo lograrás. El Hildabú vendrá a por ti en tus peores pesadillas”.

Reflexiono lo que acabo de oír. Gondomar se mantiene en silencio, imagino que a la espera de que yo hablara. La verdad es que he visto dementes que habían inventado nombres estúpidos y habían actuado de forma bastante extraña con sus rituales, pero definitivamente esto superaba a la mayoría de ellos. La duda me surge a partir de mis reflexiones: ¿podría saber Gondomar de dónde procede el nombre de Hildabú?

—De acuerdo, le diré lo que pienso —dejé de recostarme sobre el respaldo del sillón y junté mis manos, con el apoyo de mis codos en las piernas—. Obviamente, el que escribió esto quiere matarle o, al menos, hacerle sufrir. Muestra bastante seguridad en cuanto al hecho de que usted desconoce su identidad, como muestra en las últimas frases. Por otra parte podemos deducir que conoce bastante bien su vida. En el ritual que va a seguir para matarle, o lo que quiera que vaya a hacerle, amenaza con llamar tres veces, no es raro pensar que a la puerta, a su puerta —remarqué—. Esto ya implica que conoce dónde vive...

—Tenga aquí su café —dice Aylin, interrumpiéndome.

Suenan varios pasos, un ruido agudo de cristal y unas vibraciones de porcelana. Escucho un agradecimiento por parte de Gondomar hacia Aylin y ella, pasados unos segundos, se sienta a mi lado, en el reposabrazos del sillón que se hunde cuando ella pone su peso en él. Me pone una mano en el hombro y pregunta:

—¿De qué va todo esto?

—Señor Gondomar, si le permite a mi prometida leer la nota de su acosador —el ruido del papel cambiando de manos me indica que Gondomar le ha cedido la nota a Aylin. Esperamos en silencio hasta que Aylin lee la nota entera. El silencio va cargado de tensión por parte del señor Gondomar y de inquietud e impaciencia por la mía.

—¿Se puede saber qué es “Hildabú”? —pregunta Aylin como indicio de que ha terminado de leer la carta.

Gondomar resopla con su ruidosa nariz. Dos chasquidos y un golpe seco me advierten de que Gondomar venía con un maletín y que lo acaba de abrir. Suenan varios folios removiéndose y de repente se detiene.

—No se lo van a creer, pero Hildabú es un monstruo de un cuento para niños pequeños que leía a mi hija cuando era pequeña, antes de que mi esposa y yo nos separáramos —explica Gondomar con un ápice de melancolía en la voz. Aylin quita la mano de mi hombro.

—Spoore, ha traído el cuento —me informa Aylin.

—Describe al monstruo —le pido.

—Es... bastante tétrico para ser un libro para niños. La mayoría de las páginas son negras con letras blancas, alargadas y puntiagudas o redondas y difuminadas. Los dibujos están en blanco y negro. Sólo aparece una niña, su osito de peluche y sombras. El monstruo no aparece... ¿De qué trata el cuento, señor Gondomar?

Me cede el libro mientras nuestro cliente cuenta brevemente el argumento del libro. Paso las yemas de los dedos por las páginas, aunque ni siquiera sé por qué lo hago. No puedo ver, es inútil intentar leer algo liso con el tacto.

—La finalidad del cuento es enseñarle a los niños que no existen monstruos bajo la cama, ni escondidos en el armario... Todo comienza cuando Hildabú comienza a asustar a una niña. Primero se esconde debajo de la cama, pero la niña se da cuenta de que lo que realmente hay bajo ella es una muñeca. Después en el armario, pero descubre que la sombra que ha visto es una manga de un jersey que se ha quedado pillada al cerrar la puerta. Finalmente, Hildabú abre la puerta y se introduce en la habitación, pero resulta ser su madre, que está preocupada por la niña porque aun seguía despierta y al día siguiente tenía que madrugar —concluyó Gondomar.

—¿Se imagina a alguien que pudiera querer matarle y que supiera que usted le leía este cuento a su hija? —pregunta Aylin.

—La única que me conoce tan bien es mi ex mujer, y no creo que quiera matarme —responde Gondomar—. Ganó la custodia y se marchó con mi hija. No he vuelto a hablar con ellas. Ni siquiera sé dónde viven.

De repente mis huellas notan un ligero relieve en la contraportada del cuento. Simula una silueta con una cabeza redonda sobre la que hay un círculo, el cuerpo es redondeado por la parte de arriba y cuadrado por la de abajo. Lo que más impresión me causa es lo que parecen ser sus manos, con dedos largos y puntiagudos.

—Muchas gracias, señor Gondomar —digo rápidamente. Quiero acabar con esta situación y ponerme a investigar cuanto antes—. Aylin acompaña a la puerta. Señor, me ocuparé de averiguar quién quiere matarle. Ya pondremos un precio a este caso cuando atrapemos a este demente.

Oigo un titubeo y varios pasos lentos. Aylin se levanta del sillón, sin darse mucha prisa, y los pasos de ambos se alejan cada vez más. Le da nuestro número de teléfono, se escuchan algunos cuchicheos y la puerta se cierra.

Los pasos de Aylin se acercan de nuevo y se detienen en algún punto de la sala en la que me encuentro.

—¿A qué ha venido eso?

—No creo que tenga más información para nosotros. Ahora mismo estamos en el mismo punto que él, solo que el cliente siempre tiene mucho más miedo...

—Spoore, —me corta ella— estás muy emocionado. No me extraña porque te conozco, pero recuerda tu ceguera. Es temporal, pero si te estresas puede volverse permanente. Deberías rechazar este caso y dejar que Gondomar fuera a la policía.

—Aylin, si ha venido a nosotros para que le protejamos de un hombre invisible a los ojos de una persona, con nombre de monstruo de cuento, es

porque ya ha ido a la policía y le han rechazado —replico—. Además, me preocupa bastante este acosador tan peculiar.

—¿Por qué?

—Se ha metido en su papel de monstruo demasiado. Fíjate bien. En la nota cuando dice que es invisible a los ojos de los demás, hace referencia a cualquier ser humano y no a cualquier persona. No se considera humano...

\* \* \*

Camino junto a Aylin con los pensamientos ocupados en descifrar el misterio que se me planteó hace dos días. Noto cómo los rayos de sol golpean mi cabello y se calienta, pero el resto del cuerpo lo tengo entumecido por el frío. Lo peor es que sé con certeza que es de día, pero no puedo ver el sol. Lo único que noto son los ruidos de los coches pasando a mi lado, una correa rugosa en mi mano que tira de mí con fuerza, mi bastón en la otra mano y Aylin rodeando mi brazo con el suyo.

Al final de la correa se encuentra mi perra, Aixa. Parecerá una locura, pero echo de menos ver el color verdoso de sus ojos y el bonito color blanco de su pelo mezclado con un marrón avellana de sus manchas, repartidas por el cuerpo. Cuando uno pierde la vista, lo que más echa de menos son los colores, y a medida que pasa el tiempo, se van olvidando y difuminando en la oscuridad hasta que se vuelven del mismo color que la nueva realidad en la que uno vive, negro.

Aixa, nerviosa por salir a la calle, tira de la correa con fuerza y mi bastón apenas logra apoyarse en el suelo. No uso bastón porque esté ciego, sino porque un accidente de la juventud me obligó a llevarlo durante el resto de mi vida. Ahora mi bastón tiene la función de evitar que tropiece con un bordillo o que me choque contra un árbol.

Giramos a la derecha y nos adentramos en una cuesta no muy empinada. A medida que avanzamos, los cláxones y el roce de las ruedas en la carretera se disipan y aumenta el sonido del viento y las voces de la gente. Nos adentramos en un lugar donde hace aún más frío y hay más silencio. El murmullo de las hojas es lo único que nos acompaña.

—¿Estamos en el Retiro? —pregunto.

—Así es —me responde Aylin—. He quedado con la ex mujer de Gondomar en un parque que hay cerca de la entrada de la Puerta de Alcalá. Se llama María de la Sota, pero tras el divorcio se cambió el nombre por Elena Saiz. Un poco raro, desde mi punto de vista.

—¿Cómo la has encontrado? —pregunto a la vez que imagino miles de posibilidades.

—Su marido me dio su nombre y el lugar en el que trabajaba. Llamé a su oficina y pregunté por ella, pero obviamente había cambiado de trabajo tras el divorcio también. Parece que quería romper con todo. Pedí un número de contacto y la oficina me lo dio, para que veas la importancia de la política de privacidad. Llamé al número de contacto, hablé con su madre y le di nuestro teléfono. Finalmente ella me llamó a mí y me explicó la situación. Ella ha marcado el lugar y la hora de reunión —explica Aylin. Asiento con la cabeza.

—Buen trabajo.

—Gracias.

Caminamos largo y tendido hasta que llegamos a una zona más fresca en la que el barullo de los gritos de los niños se alza sobre el de los paseantes y artistas callejeros que realizan sus espectáculos en el parque.

Aylin me sentó en un banco y noté cómo Aixa se sentaba junto a mí. Se apoyó en mi brazo y yo empecé a acariciarle el lomo, intentando volver a recordar la pureza de sus colores. Noté cómo alguien se acercaba a mi oído y escuché lo que sus susurros, con golpes de aire que golpeaban mis orejas:  
—Voy a buscar a Elena.

Asiento con la cabeza y escucho a Aylin alejarse. Mientras espero, formulo hipótesis en mi cabeza sobre lo que pudo haber pasado para que Javier Gondomar se encontrara así en estos momentos.

Sumido en mis pensamientos, ni siquiera noto la presencia de alguien detrás de mí. Sólo cuando pone la mano en mi hombro, despierto. Empieza a acariciar el abrigo e imagino que es Aylin que, debido a mi ceguera, últimamente está muy cariñosa, pero en cuanto toco su mano, descubro una extremidad enguantada de dedos largos y finos. Rápidamente cierro mi mano, envolviendo la suya con mis dedos, y la persona empieza a tirar. Aixa comienza a ladrar. Me pongo de pie para tirar más fuertemente del intruso, pero sufro un golpe en la cara que me desequilibra. Caigo al suelo, dejo libre a mi atacante e intento levantarme, pero al hacerlo estoy desubicado. No sé dónde está el banco, ni mi bastón.

Silbo repetidamente y Aixa, como fiel mascota, se acerca a mí y comienza a chuparme la cara. La separo para evitar que me estropee las vendas, busco su cuello, después su correa a tientas y finalmente me pongo de pie. Con el pie por delante avanzo hacia delante, como única dirección posible en mi mundo de tinieblas.

De nuevo vuelvo a notar manos rodeando mi brazo. Me giro sobresaltado.

—¡Spoore! —exclama una voz femenina conocida— Spoore, cariño, soy Aylin, tranquilo. Suelto aire lentamente y me relajo.

—¿Se encuentra bien? —dice una voz suave, con un matiz agudo, desconocida para mí.

—¿Quién es esa? —pregunto.

—Es Elena Saiz, la ex mujer de Gondomar —me aclara Aylin, en un claro intento de tranquilizarme—. ¿Qué te ha pasado?

Recuerdo la mano huesuda y alargada sobre mis hombros, pero decido ahorrarme esa información para mis adentros y mentir.

—Se me durmió la pierna y me levanté para estirarme, pero un ciclista me ha empujado y me he caído al suelo —he decidido no dar muchos detalles para evitar que Aylin piense que no es verdad lo que le digo. Normalmente suele ser al revés: una buena mentira reside en el detalle de la historia, pero no si estás ciego y apenas puedes distinguir los olores, los sonidos o las texturas. Aylin, agarrada a mi cintura y mi brazo rodeando sus hombros, me lleva hasta el banco, donde encuentro mi bastón. Aylin se sienta a mi lado y, con algo de retraso, Elena también.

—¿Ocurre algo? —pregunto, extrañado por la tardanza.

—No. No es nada... Estaba viendo dónde está Lucía, mi niña —responde Elena—. Está en el parque, cerca de nosotros. No quiero que se vaya muy lejos...

—¿Qué teme, señora Saiz? —pregunto sin rodeos innecesarios— ¿Es su ex marido?

—Tal vez... —responde en un suspiro. Entiendo eso como un sí.

—¿Por qué se divorció de Javier Gondomar? —preguntó Aylin. Elena tarda en responder. Por la tardanza imagino que lo que está a punto de contarnos

no es algo simple como la excusa barata de algunas parejas que dicen que su amor se ha acabado o por incompatibilidad amorosa. Esto es algo mucho más grave y posiblemente tuviera mucho que ver con todo lo que estaba pasando.

—Porque mi marido está loco... —no hace falta volverse ciego para detectar un ápice de miedo en su voz— Estaba obsesionado con proteger a su hija. Incluso llegó a decir que, por el bien de la niña, Lucía nunca debía salir de casa. Se empeñó en que recibiera clases en casa, no salíamos de paseo... ino podía ni salir al jardín!

—¿A qué se debía ese comportamiento? —continuó Aylin.

—Nunca lo supe... Creo recordar que tuvo una madre muy posesiva y que eso marcó su vida. Su madre fue ingresada en una residencia, él continuó con su vida. Cuando nos casamos y tuvimos a Lucía todo iba muy bien hasta que un día, recibió una mala noticia por correo. Su madre había muerto. Entonces cambió radicalmente —Elena se sorbe la nariz—. No entiendo por qué...

—Tal vez creara una dependencia de su madre que, al morir ella, le hiciera sentir desprotegido —pienso en voz alta—. Esto podría causarle grandes cambios como volverse un padre sobreprotector hasta un extremo inimaginable.

—No sé qué pudo pasar... y tampoco quiero saberlo —sentenció Elena—. Me separé de él, empecé una nueva vida y fin del asunto.

—No, señorita, el asunto no acaba aquí —la detengo—. Una mujer divorciada no cambia su nombre y de vida de una forma tan radical simplemente porque no quiera ver a su marido ni que él la encuentre. Usted tiene miedo. Con el divorcio no acaba la historia. Hay más. Aylin o Elena, más probable que sea la segunda, suspira. Elena se decide por contar el resto de los acontecimientos.

—Tras la separación, él venía todos los días a casa, nos acosaba y suplicaba que Lucía no saliera de casa. Nos acosaba, incluso se colaba en nuestra casa para asegurarse de que todo estuviera como él quería. Pedí una orden de alejamiento y desaparecí.

—¿Por qué actuaría así? —Aylin lanza la pregunta sin esperar una respuesta, pero Elena continúa con su relato.

—Porque quería llevarse a Lucía.

De repente un escalofrío me recorre la espalda. Meneo la cabeza y agudizo el oído. La presencia que había sentido momentos antes volvía a aparecer detrás de mí. —Señorita Saiz, ¿quién está con su hija ahora mismo? —pregunto.

Lo que oigo en los siguientes segundos son movimientos de ropas y a Elena llamar a su hija Lucía. Pasos cortos y rápidos se acercan hasta nosotros. Escucho los gruñidos de Aix y la dulce voz de una niña.

—¿Quién te ha dado eso, cariño? —pregunta Elena.

—¿Cómo? ¿Qué le han dado? —pregunto inquieto.

—Spoore... —dice Aylin con un hilo de voz— Es otra nota del Hildabú. Es exactamente igual que la primera.

Oigo cómo alguien se levanta del banco y un quejido de la niña.

—Quiero seguir jugando mamá...

—No podemos, nos vamos a casa de la abu Isabel. Lo siento, señor Spoore, pero debo irme —paso por alto el hecho de que me haya llamado señor porque la tensión marca el ambiente. La mano de Elena, de dedos largos, me

roza el brazo—. Mi marido está loco. Todo esto puede ser una trampa para recuperar a su hija. Créanme. A mi marido siempre le acompaña el diablo.

\* \* \*

Nos encontramos en casa, sentados en el sillón. Aylin me acaba de quitar las vendas. Desde esta tarde no he podido parar de pensar en lo que ha dicho Elena Saiz sobre su marido. Barajo varias hipótesis en mi mente:

La primera, coincidente con la de la señorita Saiz, dice que Javier Gondomar está montando todo esto para que encontráramos a su mujer y le lleváramos hasta su hija. En caso de que esta fuera la hipótesis correcta, Gondomar habría conseguido su objetivo. No obstante, hay algo en esta teoría que no me encaja. Si Gondomar estuviera tan desesperado por encontrar a su hija, ¿por qué razón le había dado una nota y no se la había llevado por la fuerza? Para hacerlo tendría que haber tenido, no sólo mucha fuerza de voluntad, sino también se tendría que haber parado a pensar lo que estaba haciendo, y mi experiencia con personas desesperadas me dice que no suelen pensar mucho a la hora de actuar.

La segunda es algo más retorcida e introduce una variante en el caso. Se me ocurrió después de la reunión con la señorita Saiz que tal vez ella quisiera que viéramos a su marido como un loco para que así dejemos de investigar su caso y así ella podría alegar en un juicio que su marido, ante la desesperación de no poder ver a su hija, se había suicidado. Un plan brillante del que podría salir un crimen perfecto.

Aparte de estas hipótesis se me ocurren muchas otras, pero bastante alocadas, imposibles de realizar o, en el mejor de los casos, desviadas del curso de nuestra investigación.

Cuando me quiero dar cuenta, Aylin se ha levantado del sillón, pues no lo noto tan hundido como antes. Supongo que se habrá ido a tirar las vendas sucias que antes cubrían mis ojos.

—¿Spoore?! —exclama Aylin. Oigo un fuerte estruendo y un golpe seco.

Me levanto y llamo repetidamente a Aylin pero no obtengo respuesta. Abro los ojos bajo las vendas, comenzando a ponerme nervioso. Una imagen borrosa se forma delante de mis ojos. Una tela difuminada y amarilla con los alrededores de mi campo de visión aún negro.

De repente todo se vuelve negro de nuevo. Escucho tres golpes en la madera acompañados de una risa escalofriante y entrecortada, carrasposa y aguda. La sensación del parque vuelve a acudir a mí. Escucho dos pasos leves caminando hacia mí. Cuando escucho que se detienen lanzo un puño hacia delante que golpea en algo blando. Oigo un fuerte estrépito, causa del choque de mi agresor con algunos muebles del salón, pero no me detengo a esperar a que se levante y vuelva.

Con un mapa mental de mi casa en la cabeza comienzo a caminar a tientas con los brazos extendidos y cojeando debido a mi lesión. Debo llegar al vestíbulo, donde está el paraguero que tiene mi bastón. Con el bastón podré defenderme más o menos decentemente.

Vuelvo a silbar y a los segundos escucho las pezuñas de Aixa arañar el suelo mientras viene hacia mí.

—Aixa, vamos a la calle —la perra me golpea con sus patas en la tripa y después escucho el arañar de sus uñas yendo hacia el vestíbulo.

Pegado a la pared comienzo a seguir el sonido de sus pezuñas hasta que se detienen. Como ella va más rápida que yo, no me detengo hasta pasados unos segundos, lo cual es un error por mi parte. Sin frenar, me choco contra

la puerta. Me quejo por el golpe, no obstante continuó con mi plan de supervivencia.

Me agacho y a mano izquierda tanteo el lugar en busca del paragüero. Cuando lo encuentro, cae al suelo por mi torpeza y me veo obligado a ponerme de rodillas y buscar mi bastón. Cuando por fin noto su estructura cilíndrica de madera en mi mano, lo agarro y me pongo en guardia. Me pego a la esquina, la espalda contra la pared y espero el golpe de mi agresor.guardo en silencio. Finalmente vuelvo a notar su presencia.

Oigo un paso. Lanzo un golpe con el bastón. Silencio de nuevo. Otro paso, otro golpe con el bastón. Noto cómo algo afilado y frío se me clava en el brazo izquierdo y vuelve al punto de origen. Grito de dolor. Lanzo una estocada con mi bastón. Esta vez toca a mi agresor. Algo metálico cae al suelo. Repito el golpe varias veces, intentando acertar otra vez.

Hildabú vuelve al ataque. Me agarra de las muñecas y me estampa contra la pared. Mi bastón cae al suelo. Golpeo con la rodilla la pierna de Hildabú. El monstruo me agarra las vendas y tira de ellas con sus largos dedos, noto cómo la piel de la cara se me desgarras por las uñas de mi agresor. Ambos caemos al suelo. Oigo cómo se levanta mientras busco mi bastón. Lo encuentro. Golpeo. Noto unas gotas de un líquido espeso cayendo sobre mi rostro.

Y se hizo el silencio, pero sobre todo se hizo la oscuridad. \*\*\*

A la mañana siguiente Aylin me encontró junto con Aixa, encogido en posición fetal junto con el cadáver de Hildabú. Me había pasado la noche entera en vela con el único fin de no abrir los ojos para evitar que cualquier rayo de luz no penetrara por mi pupila. Estaba muerto de miedo cuando me intentó poner las vendas nada más encontrarme.

Después de que viniera la policía y se llevara el cadáver de Hildabú, Aylin me contó que era el cuerpo de una señora mayor pero que parecía estar en plena forma pese a su edad. Me contó que la noche anterior estaba en la cocina tirando las vendas a la basura cuando de repente alguien la golpeó en la nuca. Se había pasado la noche inconsciente.

Cuando los interrogatorios estúpidos de la policía acabaron, llamamos al señor Gondomar y a la señorita Saiz para informarles de lo sucedido y de mi teoría sobre los acontecimientos de los últimos días.

Quedamos todos en una cafetería y allí les expuse la teoría definitiva:

Hildabú no era otra que la madre de Javier Gondomar, llamada Hilda Gondomar. Su hijo no estaba seguro de que Hilda hubiera muerto y por eso se volvió tan sobreprotector. Sabía que su madre iría en busca de Lucía, su nieta. Gondomar había pasado una infancia dura con su madre, siempre cuidando de él. Incluso llegó a contarnos que le daba medicamentos para que enfermara y así poder quedarse en casa cuidando de él.

Como consecuencia de los recuerdos de su infancia y del hecho de que su madre estaba loca, Gondomar sabía que si su madre no había muerto, buscaría a su nieta a toda costa para hacerse con ella y marcharse lejos, donde pudiera criarla como crió a su hijo. Gondomar se volvió un obseso de la protección hacia su hija, sin darse cuenta de que con ello no hacía más que aproximarse al carácter de su madre. De esta forma creó un monstruo llamado Hildabú, mezcla del nombre de Hilda y del término "abu", como Lucía llamaba a sus abuelas, para que la niña aprendiera a no tener miedo a su abuela paterna en caso de que ésta apareciera.

Desde el divorcio, Javier se había estado preocupando por encontrar a su madre y proteger a su hija, hasta que su madre, conociendo el cuento que

Gondomar leía a Lucía, se creó la identidad del monstruo como método para que su hijo acudiera a un detective privado que le llevara hasta su nieta y así poder raptarla.

El único inconveniente era que después debería matar al detective que llevara el caso, a su hijo —por ser el único conocedor de la verdad— y a la madre de la niña cuando tuviera la oportunidad de llevársela.

El plan habría salido bien de no ser porque el mango de mi bastón es metálico, su cráneo era blando por la edad, y mi golpe en la sien muy fuerte como para sobrevivir con sus años y horas nocturnas de pérdida de sangre.

La conclusión es que Hilda era una mujer sobreprotectora con aquello que quería hasta llegar a un punto enfermizo y demente. Aprendió a moverse entre las sombras tras fingir su muerte, a medir cada paso que daba, prever cualquiera que fueran a dar sus contrarios y, sobretodo, aprendió a mirar por sus intereses antes que por los demás incluso llegando al punto en el que una viejecita pudiera matar a otra persona.

En lo referente a la familia rota de Lucía, Elena decidió que siguiera rota. No dio ningún dato de a dónde iría después de lo ocurrido y Javier no preguntó por ello. Imagino que lo que ambos quieren es olvidar.

Ya ha pasado una semana desde aquello y el único que intenta no olvidar soy yo. Tengo mis razones obviamente. En breves instantes el médico me quitará las vendas, me examinará los ojos y me apuntará a la pupila con una linternita. Si cuando deje de notar las vendas en mis ojos, si cuando los abra, mis ojos no ven nada más que tinieblas, mi ceguera será permanente. Viviré en la oscuridad para siempre. Ojalá no sea así y vuelva a la normalidad.

No tengo miedo a la oscuridad. Tengo miedo a lo que acecha en ella...

### **Perfil del autor:**

Contacto: [julsanro@ucm.es](mailto:julsanro@ucm.es)